

## **El San Diego de ayer**

**Escribe: SIMON GUBEREK**

El jet del tiempo pasó con su lejano zumbido, redondeando años y décadas, y aquí me tienen frente a esta página en blanco para atender a un interno reclamo, sin lo cual la paz no sería conmigo. “Debes pagar esa deuda, me dice el sentimiento con claridad meridiana; ¿a qué esperar y aplazar, cuando la vida no da prendas para aplazamientos y esperas?”. No son poca cosa en verdad cuarenta años, con sus innumerables anillos de días, ni su urgencia de que las placas del recuerdo salgan a luz, con las fotografías de nuestras impresiones de entonces. Y ante este conjuro, sube a la memoria el viejo barrio de San Diego, junto con sus aledaños de arriba, tal como eran estos, con sus casuchas como gallineros, sus viejos, sus jóvenes y su chiquillería y también, claro está, su semillero de amarguras, tristezas, miserias, y acaso, de vez en cuando, ¿por qué no?, también alegrías que la vida no niega ni a la más pobre de sus criaturas.

El inmigrante (ese soy yo) llegó a Bogotá al barrio de Las Cruces, que fue generoso con él, y allí moró, de “sureño de la ciu-

dad”, por meses escasos pero bien contados por la gratitud. Luego, el destino opinó en forma distinta y en su obediencia se instaló por los lados del barrio de Las Nieves, con más precisión en la carrera novena con calle diecinueve. El cambio no se traducía en pesos, sino en cierta especie de rumbo, porque Las Nieves han disfrutado de aureola no solo en Bogotá sino en nuestra colonia. Después, la ciudad comenzó a extenderse hacia el norte, y considero, valga el orgullo, que fui de los nuevos peregrinos de San Diego y las prolongaciones altas de sus contornos, cuando el comercio aún no había entrado a esa zona.

Vivir en Las Nieves no es lo mismo que vivir en Las Cruces, y mis compañeros de la calle cuarta, del restaurante de Max Szapiro, me miraron tal vez con envidia y quién sabe si no fui objeto de crítica por haberme alejado de ellos. Hoy no puedo afirmarlo con precisión, pero acaso los dos grupos de inmigrantes que por entonces se formaron, el de Las Cruces y el de Las Nieves, constituyeron los pioneros que echaron las bases de las dos alas de la nueva co-



munidad, "Los Lores" y "Los Descalzos", o, hablando en plata blanca, los nuevos ricos y aquellos a quienes el destino no les sonrió demasiado.

\* \* \*

Me cuentan que hubo una época en Colombia en que los matrimonios los hacían los padres, de común acuerdo, para asegurar la felicidad eterna de sus vástagos. También entre nosotros fue tradicional esta forma de enlace al gusto de los mayores. Pero como todo cambia, ni en Colombia ni entre nosotros persisten esas costumbres. No bien entalladitos, chicos y chicas se gobiernan por su propia cuenta, y ni pensar que vayan a recibir ni siquiera consejos de sus progenitores sobre su elección en cuanto a casorios y demás adehalas. Los padres de hoy solo saben educarlos en el "sí", sin que jamás se les oiga el "no". Los chicos se tomaron el cetro del hogar, y los viejos, en este universo del "go-go" y del "ye-ye", ya no entienden ni jota del destino eterno de sus criaturas. Unicamente cuando llegan los primeros descabros de los trabajos que emprenden en la vida, se acercan a la experiencia del padre, con sorpresiva humildad, porque el viejo, siempre es que algo sabía. Empero, la costumbre de alianzas libres, esto es, sin intervención paternal, ha contribuido a soldar separaciones, tanto en la vida colombiana como en la nuestra, y "lores y descalzos" suavizan sus asperezas pasadas, bajo el único signo del progreso, como razón de ser de la democracia.

\* \* \*

Quédense allá estas filosofías y sociologías que no son para una

crónica ligera como la mía. Quédense allá, porque ahora soy aquel que muy tempranito, al amanecer no bien teñido todavía, emprende su correría de vendedor ambulante. Por ahí va por la calle 27 arriba (por donde después emplazaron el Circo de Santamaría). Irá hasta la carrera 5ª; luego encontrará la calle 32 y la 33, trepando hasta la carrera primera. Desviará hacia el Paseo Bolívar, por los lados de la Aguanueva. Allí, en este globo de la ciudad está su universo palpitante, esperándolo. Unos leves golpes en la puerta, que muchas veces sirvieron de despertador al ama, que debía estar en pie, ya despabilada, porque la esperaba el oficio de prender el fogón, lavar los platos, hacer la comida, asear la humilde casucha y zurcir los "chiros". Y días de semana y domingos era el mismo trajín. Así es la vida. La patrona solía salir de inmediato, con la moneda de cincuenta centavos o el billete de a peso en la mano, sonriente, con el consabido "con mucho gusto, míster", que él respondía con el suave masticado de "muy cumplida, muchas gracias, adiós". Los domingos, el trayecto se recorría en bicicleta; entre semana, el bulto de mercancías sobre el hombro y, junto el "chino" con la maleta repleta, en una escena que parecía arrancada del *Quijote* o de la picaresca española.

\* \* \*

Era esta por aquellos tiempos una zona misérrima de la capital, y al socaire de nuestra tarea, la filosofía fácil de la vida fue apertrechando nuestros sentimientos. Porque la verdad es que pudimos apreciar la diferencia de trato de estas gentes humildes y paupérrimas con aquellas de otros sectores, no



tan golpeadas por la existencia, aunque pobres, acaso con humos de estar en el momento ilusorio de trepar siquiera un peldaño en la escala social. Personas indecisas, que solían mirarnos con sospecha, como si fuésemos gentes de otra especie, diablos imbuídos de siniestros propósitos, ante quienes era necesario meter la punta del pie, como al ladrón, para cerrar la puerta en caso de necesidad. En el alto San Diego y la Perseverancia la gente tenía otra alma. Las puertas se abrían con facilidad y las invitaciones a entrar menudeaban. Adentro, pobreza y tristeza reinaban a su antojo. Y no era raro tampoco que, ya sellada amistad, el ofrecimiento del café "tinto" no se hiciera esperar. Y, más adentro, ya en confianza, las historias de aquellas vidas tristes eran narradas con sinceridad que dolía. ¡Gentes amables, espíritus simples y limpios, cuántos recuerdos nos traen ahora!

\* \* \*

Hoy, como entonces, es imposible abandonar la visión del sector alto de muchas de las grandes urbes del mundo, por el violento contraste entre lo que en ellas es esta zona y lo que tenía a la vista. Veía una metrópoli con sitios privilegiados sobre los suaves faldeos de unos cerros de sueño. Vivir allí era acercarse a la gloria. Las mansiones de los millonarios se agrupaban contra la montaña. Se alzaban soberbios hoteles para el turismo internacional. Jardines y suaves vientos de montes poblaban de aromas aquel lugar. Un sanatorio de estilo ultra-moderno remataba este conjunto y, cerrándolo, allá abajo, hasta perderse de vista, la incomparable belleza de la ciudad, extendida en todo su poderío sobre una verde

e interminable sabana. Por la noche, embrujadas estrellas se confundían con las altas lámparas de mercurio, en un cielo que llegaba casi hasta rozar los prados y los rosales.

Pero luego venía a los ojos el barrio de la capital de la rica y fértil Colombia, tope de los fenomenales cerros de Monserrate y Guadalupe. Cielo azul de día y estrellado de noche. Brisas encantadoras. Todo en derredor es belleza natural. Solo que la miseria se metió en este sitio. Nadie la invitó. Pero aquí veía un manojito de seres, de criaturas humanas, esperando, esperando, que es el único alimento del pobre.

¿De qué se sostienen? Los hombres son albañiles, plomeros, carpinteros, zapateros, sastres, peluqueros, lecheros, panaderos, carniceros, cuidanderos o celadores, obremos de fábrica, policías... ¿Y las mujeres? Trabajadoras ellas también en lugares de la ciudad o enterradas sus vidas hasta el cuello en los "quehaceres del hogar". La industria no alboreaba aún en gran tamaño. ¿Y los hijos? Los varones, si bien les iba, entre la escuela y el vagabundaje, y las chicas, aún no habían echado cuerpo cuando ya se concertaban en las casas de abajo, en San Diego, o más lejos, en los barrios de la inmensa ciudad. Así eran estas vidas, desde la infancia, con las escapadas del carril, cuando el mozo o la moza sacudían esta existencia lóbrega, como la bestia su carga, y se colocaban fuera de la moral o de los severos renglones del código penal.

\* \* \*

Tugurios de hormigas, carentes de higiene, sin ventanas, en los que hasta el oxígeno natural les era



negado, en pleno corazón de la rica república, trepaban el cerro, en filas torcidas, bajo la omnipotencia de montaña y cielo. Miles de seres, de criaturas de Dios, luchaban, sufrían, trabajaban, amaban, reñían, soñaban, rezaban allí, apelotonados, sin pan, ni cama, ni abrigo para cubrir los cuerpos endeble por la avitaminosis. La batalla diaria por la subsistencia parecía empozada en la búsqueda de un poco de alegría, pero esta, caprichosa y tacaña, no asomaba por aquellos contornos o a veces fingía que iba a entrar a una de aquellas casitas, pero pasaba de largo. Y, en ocasiones, también, un día de fiesta lavaba toda aquella amargura, como el torrencial aguacero se lleva las basuras de la ciudad.

\* \* \*

Mi visión de hace cuarenta años, apenas se tiene en pie hoy en día. Hacia aquel sector está trepando el progreso, por el mismo camino de las casuchas de hormiga. Se abren calles, se edifican moles inmensas y residencias hermosas. El indicador de la Bogotá de otros días, de doscientos mil habitantes, se abre como un inmenso abanico a los dos millones de ahora. Y aquel lugar, el mismo de otrora, será ocupado por uno de los centros urbanos más ricos y densos de la capital. Abajo están los gigantes del Hotel Tequendama y Bavaria; el Internacional y el de la Flota Grancolombiana; los cines y las nuevas construcciones en busca del cielo; la maravilla de los puentes y su tejido de vías y de viaductos; la avenida décima y la que ya sube de la 26, desde el aeropuerto de Eldorado. Los viejos y queridos parques de la Independencia y del Centenario, ya irreconocibles, no muestran sus

encantos de otrora, es verdad. El de la Independencia con sus bosques y pabellones, tan cargado de historia, es ya avenida por un costado y lo será por el otro, con la prolongación de la 26. Y el del Centenario, con su numerosa arboleda de eucaliptus, que tanto rango le daba a la Bogotá de otros tiempos, perdió su dibujo primigenio. Pero no importa. Aquí todo palpita con el trepidar de la transformación. Arriba, de la carrera quinta hacia el Este, parece esbozarse en los aires el conjunto de los rascacielos ya planeados. Del Paseo Bolívar volaron las gentes y sus casuchas, como palomas y palomares que el viento dispersa hacia otros horizontes. Lo mismo ha de pasar con el resto, para que una vasta población sea salvada de la falta de higiene y de la miseria en urbanizaciones decentes. Pero todo ello vendrá por la vía del cambio, que es la rectora de cielos y suelos.

\* \* \*

Pero una cosa no cambiará. El viejo vendedor ambulante, que dejó por esos lugares jirones de pensamiento y de alma, seguirá transitando con su recuerdo imborrable por entre los elevados edificios del ingenio del hombre, por entre las grandes moradas de aquellos contornos, y por entre el laberinto que ya ve venir en aquel paisaje ideal de los cerros, sin poder ya localizar los sitios de las casuchas humildes de su peregrinaje, y sin encontrar ya el rostro risueño y amable de la clientela. Y sobre la suntuosa belleza, el bullicio y la agitación del lugar, pondrá, sin poderlo evitar, un velo de tenue tristeza, simplemente "porque la vida ha pasado".